

“La filosofía política mandarinesca”

Miguel Espinosa

(*Boletín del Seminario de Derecho Político*, Universidad de Salamanca, mayo-octubre de 1956. Recoge las primeras ideas y motivos de *Escuela de mandarines*).

LA SOCIEDAD MANDARINESCA

Dividíase la sociedad mandarinesca en castas o grupos estatificados. La casta era la objetivización de un lugar de la cultura, y, por consiguiente, parte de la naturaleza de las cosas, o manera civil de revelarse el suceso del hombre. Tal quiere decir que apenas se fundamentaba sobre valoraciones de tipo económico ni categorías de porte, educación, apariencia o sangre, a guisa de nuestros viejos estamentos, sino, precisamente, sobre la cristalización de una fase de la sabiduría. El Libro de los Mandarines decía que los acontecimientos más originarios del hombre eran dos: estar en el Mundo y estar en la casta.

Los textos auténticos apenas tratan de justificar la existencia de castas, pues la dan como natural, conveniente e incontrastable. Sin embargo, al abandonar la era clásica, se encuentran comentarios sobre el sentido de esta diferenciación. He aquí algunas citas, correspondientes a la Época del Nihilismo, o Etapa del Gran Desencanto:

“Contemplando el hecho político desde un punto de vista eminentemente natural, es obvio que la estructuración de la comunidad en castas responde a la organización intencional del Universo, a la sustancia humana y al sentido de la Realidad. En efecto: Las castas se limitan a reglamentar la sabia desigualdad; no la crean”, (Escritos Políticos del Lego Ortodoxo: Contra los Filántropos).

“Pensando con categorías del Primer Día del Mundo, que son, por lo demás, las eternas categorías del sabio, se adivina que los hombres resultan desiguales en temperamento, intención, gracia, ingenio y capacidad inventiva. Las castas los agrupan como el entomólogo reúne los insectos, sin querer ser responsable de la diferencia habida entre estos animalucos, que remite al Creador. Nada hay, pues, más en consonancia con el Espíritu de la Tierra, o el propósito del Mundo, que una materialización de los individuos en castas”. (Ídem).

“La ordenación de la comunidad en castas es más filosófica que jurídica, y, por consiguiente, más profunda que justa. De ahí la tenaz presencia de este concepto en todo creador de utopías, pues el hombre suele soñar con inocencia y cinismo. Los filósofos, y no los juristas, han imaginado mundos políticos típicamente naturales y bellos. Contra esto arguyen los filántropo (*) la crueldad del filósofo y el optimismo del jurista. Mas yo digo: ¿Acaso no es cruel la Tierra? ¿Acaso el sabio ha de alejarse de la Tierra? En verdad que los filántropos son hombres de sangre débil”. (Ídem).

“Algunos afirman que la casta contraría el debe ser, la justicia y la razón; pero olvidan que el debe ser, la justicia y la razón han podido surgir gracias a las castas. ¿Pues cómo iba a poseer ideas un platerillo, si no las hubiera recogido de los mandarines? Y porque han habido mandarines nihilistas y desencantados, hay platerillos ensoberbecidos”. (Ídem).

“Caracteriza a la casta superior el cinismo y el sentido realista, por el cual su gobierno resulta despótico y retórico. Despótico, porque el sabio está de acuerdo con la rerum natura; y retórico, porque usa un Falso Diccionario para hablar al Pueblo. Los filántropos arguyen contra éstos dos razones: que el despotismo quiebra la armonía humana, y que el Falso Diccionario contraría la sinceridad. Los filántropos viven, pues, en el interior del hombre, y han hecho de la persona un mundo, cuya medida es la razón, y cuya norma es el debe ser. De ahí que esta secta haya rehusado el trato con el Libro y la autoridad del Libro”. (Ídem).

Dividíanse las castas en cinco permanentes y una transitoria, a saber: Los mandarines, o casta eminente; los legos, o casta administrativa; la gente de estaca, o casta militar; los cabezas rapadas, o casta del ejercicio rural del Poder; la gentecilla, o

casta que está ahí; los becarios, o casta engendradora de mandarines. Los textos auténticos usan, a veces, sinónimos literarios, pues a los mandarines llaman ancianos, o crepúsculos pensantes; a los legos, corazones irremediables; a la gente de estaca, hombres de porte, o jugadores de dados; a los cabezas rapadas, buenos padres; a la gentecilla, primera de las primeras cosas; y a los becarios, pimpollos de porvenir, huerfanitos, parvulitos del Libro, patitos y potrillos. He podido descubrir hasta cien sinónimos de becario, por lo cual deduzco que fue la más tierna, poética, espiritual e ingrátida de las castas. En otra ocasión hablaré de ello.

Afirman algunos que esta división no es exacta, ni corresponde a la realidad mandarinesca, aunque resulte admisible desde el punto de vista enunciativo. Los que así piensan, aseguran que los mandarines no conocieron más que dos castas: la gentecilla y los señores, debiendo considerarse las otras como clases funcionales, o meros estamentos de ocasión, al servicio de la casta suprema. Para afianzar esta pretensión, arguyen dos razones: el carácter móvil del oficio de lego, hombre de estaca, cabeza rapada, o becario; y la existencia del Príncipe como Poder Moderador entre la plebe y los mandarines.

Es cierto que, al hablar de las cosas primeras y últimas, la originación del Poder y el contrato social, los textos no mencionan otras realidades que los mandarines y la gentecilla. Desde el campo puramente filosófico, parece, pues, posible defender la permanencia de dos castas. Mas desde el razón histórica y sociológica, no es lícito abandonar un hecho tal como la presencia de los legos, los hombres de estaca, los cabezas rapadas y los becarios, que configuraron grupos perfectamente delimitados y aislados, sobre todo en la época clásica. Pudo ser que en principio existiesen solamente los señores y la plebe, naciendo de sus relaciones las demás castas.

No conviene confundir la calidad de casta con el carácter abierto de la misma, lo cual fue común entre los mandarines. En efecto: Todo hombre, nacido en cualquier grupo o lugar, podía aspirar a convertirse en señor, transformándose en becario, o a ser nombrado lego, individuo de estaca o cabeza rapada. Al hablar de las castas en particular, trataremos con detenimiento esta cuestión.

LAS COSAS PRIMERAS, O EL INSTINTO

La filosofía de los mandarines apenas resulta metafísica, por así decirlo, sino poética. Esto quiere decir que se fundamenta en principios puramente estéticos e intuitivos, alcanzados por comunicación directa con el sentido del Mundo. La sabiduría mandarinesca proviene de clasificar la realidad en tres grandes grupos: cosas primeras, cosas últimas y cosas contradictorias. Tales conjuntos se muestran como esencias diferentes de la materialidad física, biológica, y humana, y su constitución carece de base racional alguna. Veamos de analizarlos por separado:

Las cosas primeras pertenecen al reino del Instinto, es decir, a la vocación de la Tierra, y en ellas están implícitos la presencia y la manifestación del Cosmos, la materia, los animales, las mujeres, los niños y la gentecilla. He aquí algunos ejemplos:

“El instinto reside en las cosas primeras, y obra como si el día de hoy se repitiese por los siglos de los siglos”. (Discurso del Mandarín Sonriente: Sobre la Premeditación).

“Así como el parvulito va de las primeras a las últimas cosas, así va el sabio de las últimas a las primeras. Porque de los seres que están ahí, sólo dos son puros e inocentes de su existencia: el niño y el sabio. Y como los dos se crucen en este ir y venir, los dos son, ciertamente, compañeros y semejantes”. (El Libro del Estar y del no Estar en el Mundo).

“El Gran Padre Mandarín dijo: La guerra os ha dado la gallardía e inocencia de las cosas primeras. Pero en el gobierno del Imperio habréis de buscar la dignidad del trato con las cosas últimas. Porque si la guerra os ha transformado en un Suceso, las cosas últimas os convertirán en un Derecho”. (Guerra Civil, VI).

La acción, la aventura, el amor, el entusiasmo y todo lo que es espontáneo y vivo, concierne también a las cosas primeras, como se deduce de los siguientes textos:

“A la manera de un parvulito he venido a posar entre las cosas primeras, como un enamorado y un hombre espontáneo”. (Del Mandarín Enamorado de la Diosa).

“Dijo mi gacela: Los sabios afirman que la filosofía carece de intimidad, porque no atañe a las cosas primeras. Mas yo no soy la filosofía. (Ídem).

“Queriendo poseer carne recién hecha, olvidé veinte mil años de sabiduría. Ahora podré sonreír a mi gacela, la más bella de las primeras y tranquilas cosas”. (Ídem).

LAS COSAS ÚLTIMAS, O LA PREMEDITACIÓN

Así como las cosas primeras pertenecen al reino del Instinto, así las cosas últimas corresponden al reino del juicio, resultando, por ello, eminentemente humanas. Tales son las cosas de los sabios.

Ahora bien: los mandarines dividen el juicio en dos especies: juicio dialéctico y juicio moral. El primero es puramente gnoseológico e histórico. El segundo busca lo conveniente, y se llama Premeditación. A este juicio incumben las cosas últimas, como se deduce de los siguientes textos:

“Dos sabidurías hay: la del instinto y la del juicio moral. Esta última se llama Premeditación”. (Discurso del Mandarín Sonriente: Sobre la Premeditación).

“El instinto conoce la cara fresca y lozana del Mundo. La Premeditación conoce el dolor y la necesidad de las cosas”. (Ídem, 3).

“Se llama doctrina a una larga Premeditación. Así resultan las doctrinas un juicio conveniente sobre los hechos”. (Ídem, 5).

“Cuando la Premeditación se transforma en costumbre, nace la regla. Una regla no es otra cosa que la Premeditación convertida en el hacer de cada día”. (Ídem, 8).

“El instinto quiere poseer el Mundo en el corazón; la Premeditación, en los bolsillos. Jamás la Premeditación ha ido desnuda a las cosas”. (Ídem, 14).

“La Premeditación tiene su nombre político: amor por el Espíritu. Este amor por el Espíritu usa seis diccionarios: El primero, para hablar con Dios: diccionario falso. El segundo, para hablar con el Pueblo: diccionario falso. El tercero, para hablar con el Poder: diccionario falso. El cuarto, para hablar con los inocentes: diccionario falso. El quinto, para hablar con la Historia: diccionario falso. Y el sexto, para hablar consigo mismo: diccionario cerrado”, (Ídem, 16).

“Los niños creen que en el dinero se acuña oro, o se acuña plata. Pero los sabios conocen que se acuña Premeditación”. (Ídem, 26).

“El hombre de la Premeditación tiende a convertirse en esfinge, símbolo hierático del afán de permanencia”. (Ídem, 29).

“Cosa de niños inocentes parece la creación del Mundo, comparada con la obra de conservación que supone la Premeditación. (Ídem, 36).

“Las oscuras y soterráneas fuerzas se ponen de una parte de las cosas, o se ponen de otra. Pero hay tres elementos que siempre están junto a la Premeditación: el tiempo, el corazón humano y la vejez del Mundo”. (Ídem, 39).

Las relaciones entre las cosas últimas y las cosas primeras han quedado igualmente expuestas en este Discurso del Mandarín Sonriente. He aquí algunos ejemplos:

“Hay quien habla con el instinto; hay quien habla con la sensibilidad; y hay quien habla con el juicio moral. El instinto descubre las cosas; la sensibilidad las hace vanidosas; y el juicio las relega. Las cosas primeras están ahí; las cosas últimas, en la cabeza del sabio. Cuando la Premeditación ha llegado a las cosas últimas, el corazón ha olvidado las primeras”. (Ídem, 41).

“Entre las cosas primeras y las cosas últimas existe la misma antinomia que entre la libertad y la fatalidad, el Bien y el Mal, la alegría y el desencanto, la verdad y la necesidad. La Premeditación tiene un dogma supremo: hablar de las cosas primeras con razones de las cosas últimas”. (Ídem, 4.3).

“Dice el Libro: Las cosas primeras tienen claros ojos; las cosas últimas, oscuros ojos. La primera de las cosas primeras es la inocencia; la última de las cosas últimas, la Moral. El conjunto de todas las primeras cosas se llama naturaleza primera de las cosas; el conjunto de todas las últimas cosas, naturaleza humana. La Premeditación es el aliento de la naturaleza humana”. (Ídem, 44).

“Jamás se levantará el Sol sin contemplar este espectáculo: que las cosas últimas conspiran contra las cosas primeras”. (Ídem, 45).

“Las cosas primeras tientan al sabio de siete maneras: por la carne nueva, por la faz limpia, por el ritmo interior, por el candor increado, por la ternura de lo efímero, por la presencia generosa y por la constante modestia”.

“Contra estas siete tentaciones hay siete reglas de Premeditación: la regla de la carne podrida, la regla de la cara pocha, la regla del interior desvaído, la regla de la virtud moral, la regla de las entrañas sin grasa, la regla de la permanencia tozuda y la regla de los premios merecidos”. (Ídem, 47).

También debemos al Mandarín Sonriente calificaciones políticas de la Premeditación, de acuerdo con el contenido de las citas que siguen:

"Mirad las bellas doctrinas corrompidas por los mediocres; pues las bellas doctrinas son como los niños, que cuando crecen, pierden el candor. Tal han de conocer los sabios: que los necios y los mediocres son la Premeditación instintiva”, (Ídem, 48).

“Hace milenios que corre este refrán: Mejor es que haya tontos”. (Ídem, 50).

“Todos los hombres quieren ser objeto de la Premeditación de los siglos. Los reyes dijeron un día: Para este oficio hemos nacido, pues estamos predestinados al mando”.

“Las queridas de los reyes añadieron: También nosotras hemos nacido para esto, pues no hay duda de que la Premeditación de las cosas pensó en el rey y en la querida del rey”.

“Cuando se acabaron los reyes, dijo el recién venido: Milenios y milenios han estado preparando mi llegada”.

“Y el coro de los esbirros y aduladores del recién venido exclamó: En verdad que todo estaba escrito”.

“Aprended, pues, esto: Los hombres prefieren ser amados por un dios sensato mejor que por un dios espontáneo. Los más avisados guiñan el ojo, y consideran que, en el fondo, un dios mediocre es un principio inmutable de seguridad. Por eso dice la Premeditación: Oh, Principio de los Principios. Déjate de profundidades, y danos un dios becario”. (Ídem, 52).

“La Premeditación es también el talento de los sandios, la voluntad de los perezosos, la pasión de los abúlicos, el color de las cosas descoloridas, el misterio de las almas desvaídas. Ella dice: Yo soy una jerarquía ascética, que sólo pueden seguir los que renuncian, en principio, a lo que no alcanzarán jamás. (Ídem, 55).

“Acaba diciendo la Premeditación: También soy la cara seria del Mundo, la boca que no sonríe, las encías sin dientes; los ojos sin brillo, la mueca de las sombras, la medida de todo lo raquíptico, la osadía de los enclenques, el atrevimiento de los cobardes y el espíritu de los mercedores. Yo soy la regla”. (Ídem, 56 n).

“Habrá premeditación sin juicio, sin interpretación, sin virtudes, sin necios, sin mediocres y hasta sin regla, antes que Premeditación sin mandarines. Porque los mandarines son la Premeditación en el vientre de la madre. Así dice el Libro: Si los hombres nacen, los mandarines renacen. Todo auténtico mandarín ha estado ya en este mundo”. (Ídem. 58).

LAS COSAS CONTRADICTOIRIAS, O RAZÓN DIALÉCTICA

Más allá de las cosas primeras y últimas, que resultan sustancias grávidas o definidas, se hallan las cosas contradictorias o juicio dialéctico inmanente. Se trata de una esencia móvil, un lugar fluido y cambiante de la sabiduría, cuyo conocimiento está reservado a un solo hombre: el Gran Padre Mandarín, supremo intérprete del Libro y los hechos.

El carácter estático de la civilización mandarinesca se alía con la dinámica histórica a través de las cosas contradictorias, logrando con ello mayor flexibilidad para los textos

del Libro. En la cita que sigue trataremos de averiguar, en lo posible, el sentido que los mandarines dieron a esta soberana expresión del Mundo.

“Estando así las cosas, el Gran Padre decidió esperar doce semanas, y luego envió emisarios al Príncipe, para que se retractara. Pero el Príncipe no se retractó, sino que prosiguió en sus deseos y aficiones, como un verdadero enamorado de las gacelas contradictorias. Entonces, el Gran Padre dio sentencia definitiva, liberando los súbditos de la obligación del pacto social, anulando los compromisos tributarios y ordenando a los buenos padres que dejaran de cumplir las pragmáticas que llevasen el lema infame”.

“La sentencia era muy extensa, y decía:

“Oh, ancianos. ¿Qué sería del Mundo si los Príncipes reinaran en nombre de las cosas contradictorias? Los gobernantes se harían como dioses, y el Principado se convertiría en opresión tiránica. Un Príncipe quitaría a otro Príncipe; los hijos se alzarían contra los padres; los nietos, contra los abuelos; y la ignorancia contra la sabiduría. Se vulgarizarían mis bellas gacelas, jamás manchadas por mano de patán, y toda gente, por ínfima que fuere, querría poseer verdades. La cabeza de la genticilla tendría su tesis y su antítesis; las manos sudorosas de de los jayanes hurgarían la nobleza de la sabiduría; y los pies de la canalla pisotearían la virginidad de cuanto he criado con el amor de los siglos. Los sabios contemplarían esto con dolor infinito, y sufrirían cuando un mostrenco les hablare de tú a tú, diciéndoles: Yo pienso. Porque no hay cosa más dolorosa para un sabio que oír a un cernícalo opinar. Las mujerzuelas, los mozos de cuadra, los amanuenses, los escribanos. y cualquier carne manosearían los libros sagrados, y dirían: ¿Por qué ha de ir el Gran Padre con esas vestiduras? ¿Por qué ha de poseer tan gran mansión? Y los aficionados a becarios asentirían con sus cerebros medio ilustrados, y la cabecita llena de ambiciones de mando y goce, añadiendo: Eso, eso, eso. Pero ninguno comprendería que el Gran Padre es el perpetuo enamorado de las bellas cosas, y que las bellas cosas son gacelas que ellos no pueden conocer ni soñar en ver. El mundo se conserva porque yo guardo, adulo, confío, halago y custodio las muchachas tentadoras que son las cosas contradictorias. Pues si yo las soltara, se perdería la Tierra. ¿A qué, pues, ha de venir un Príncipe a declarar que reina en nombre de las cosas contradictorias? Jamás han besado su frente, ni han velado su sueño, ni han consolado su melancolía, ni han sosegado su ánimo. Mas si el Príncipe se empeña en poseerlas contra nuestra voluntad, vendrán años malos para su persona”.

“Tal fue la sentencia del Gran Padre, llamada Sentencia Magna, o Sentencia sobre la Conservación del Mundo, que conquistó el favor de los legos, los buenos padres, los becarios y la gente de estaca”.

“El Príncipe conoció su texto; se irritó; llamó al Mandarín Político, y dijo: Mira cómo es cruel y cínica esta sentencia tan extensa y aparatosa. Trata mal a la gentecilla y a las costumbres y aficiones de la gentecilla, sin advertir que el pueblo está aquí en nombre de las cosas primeras, que merecen respeto de los sabios”.

“El Mandarín Político cruzó sus manos y contestó: Oh, parvulito. Comprende que esa sentencia ha sido producida desde el seno mismo de las cosas contradictorias, y la sabiduría de tales gacelas tiene que ser a veces cruel y descarnada. Pues las cosas contradictorias no poseen el encanto inocente de las cosas primeras, porque no son cosas de amor. Tampoco tienen la espiritualidad de las cosas últimas, porque no son objeto de fines y merecimientos. Las cosas contradictorias, oh Príncipe, son precisamente la contradicción de las cosas y de los principios, no existiendo nada más delicado, sutil ni problemático. Pues no son como muchachas que están preguntando siempre, y como corzas que te muestran una vez los senos floridos, y otra vez el esqueleto, con su calavera. Son un juicio que te confunden; el sí y el no; la duda; la esperanza; la desesperanza; el recelo. Por eso la sabiduría de los siglos ha colocado tales gacelas en manos de un solo hombre, pues si andaran sueltas, ni tus bufones querrían ser menos que tú”.

“El Príncipe replicó: Oh, Padre. Perdona, pero, en oyéndote, he sentido que mi corazón pertenece por entero a tales gatitas, dignas gacelas de un príncipe. Así quiero reinar en su nombre, para que digan las gentes del Orbe: Más acá de las cosas primeras, y más allá de las últimas se halla el Príncipe, porque se encuentra aposentado entre las cosas contradictorias”.

“Diciendo esto, se fue. Y el Mandarín Político se arrepintió por primera vez de haber enseñado filosofía a su Príncipe” (Reinado del Segundo Aguilucho, VIII).

LA NATURALEZA HUMANA

Así como la filosofía general divide las cosas en primeras y últimas, así la intuición política clasifica la común naturaleza en naturaleza primera y naturaleza segunda. Esta segunda naturaleza es lo que normalmente se llama naturaleza humana.

Siete notas o caracteres hallan los mandarines, en la naturaleza humana, y son: la calidad irremediable, la calidad ineludible, la calidad inexcusable, la calidad fatal, la calidad determinada, la calidad continua y la calidad de estar hecha de una vez para siempre. Por eso dice un texto del Libro:

“La naturaleza humana es como el amor auténtico. Pues todo auténtico amor resulta irremediable, ineludible, inexcusable, fatal, determinado y continuo. Todo auténtico amor está hecho de una vez para siempre”. (Del Mandarín enamorado de la Diosa, II).

El problema de la bondad o de la maldad del hombre no fue planteado hasta la Época del Nihilismo. A él hace referencia el Lego Ortodoxo, cuando escribe:

“La vieja sabiduría intuyó que toda cuestión política podía reducirse a considerar si el individuo es bueno o malo. Los filántropos sostienen que la persona es naturalmente bondadosa. Pero después de los filántropos han venido muchos a decir que el espíritu de la maldad reside en el estilo de la Tierra, por lo cual, el hombre debe divorciarse del Mundo. Emprendido este camino, fácil es que surjan todavía quienes lleven el juicio lógico a sus últimos extremos, asegurando que no hay diferencia entre las humanas criaturas, ni entre el necio y el sabio, el malvado y el prudente, pues sólo existe una diversidad aquí abajo, y es la desigualdad que trae la instrucción”. (Escritos Políticos del Lego Ortodoxo: Contra los Filántropos).

“El Libro afirma que el hombre no es bueno ni malo, sino que posee el sentido de la Tierra. Los que dicen que la sustancia humana es buena, niegan, pues, el sentido de la Tierra, ya que el sentido de la Tierra no es moral”. (Ídem).

Como se ve, los mandarines practicaban una especie de naturalismo antropológico, cuyo último fundamento estribaba en la concepción de la sabiduría como abrazo con la Tierra. Así aparece en este bello texto:

“Más allá de la Naturaleza todo resulta de una asombrosa continuidad. Sólo este mundo es discreto y desigual”. (Del Mandarín Enamorado de la Diosa: Contestación de la Diosa a su fiel).

EL CINISMO

Según los más antiguos textos, el cinismo es la manera inocente de enfrentarse el hombre con la Realidad. Así dice el Libro:

“Sólo el sabio y sólo el niño son verdaderamente cínicos, porque sólo el niño y el sabio son inocentes de estar en el Mundo”.

Por lo demás, el cinismo no es una forma de ser o vivir, una pasión o un hábito, sino un modo de conocer el esquema de la naturaleza de las cosas. La alta y profunda sabiduría resulta, por ello, eminentemente cínica, como se ve en este texto:

“Me enamoré de la Tierra, y la Tierra me guiñó un ojo. Desde entonces, entre el sabio y la Tierra hay un interesante juego de guiños”. (Del Mandarín Enamorado de la Diosa).

Al cinismo, como sabiduría, corresponde el ejercicio de la virtud política llamada hipocresía, que habla al Pueblo con el Diccionario Falso. Esta virtud se realiza a través

de la retórica, elemento sine qua non para la feliz gobernación. Así aparece en el siguiente texto:

“El Príncipe ha de buscar al retórico, que conocerá por su mala lengua. Pero si la mala lengua no fuera bastante, diez caracteres distinguen al retórico: usar vocablos indefinidos, manejar grandes conceptos, hablar de cuestiones espirituales, poner a Dios en sus obras, repudiar las cosas modestas, servirse de la Moral, pretender inaugurar una nueva edad feliz, interpretar el sentido de los libros sagrados, ser testarudo y ser mediocre”. (Discurso del Mandarín Bizco: Sobre la Corrupción, 39).

En los autores heterodoxos aparecen abundantes ataques a la calificación eminente de la hipocresía. He aquí algunos ejemplos:

“Sostenían los antiguos dos errores contra la razón y la gentecilla: que todo Poder es un hecho y que el Estado resulta algo naturalmente hipócrita. Éstas son las tesis que hoy defienden los mandarines, pretendiendo conservar el mandato sobre el Pueblo. Pero nosotros, desde que somos hermanos, hemos descubierto la sinceridad”. (Escritos del Barberillo Autodidacta).

“Los demonios y la hipocresía son una forma de la solemnidad, por lo cual, siendo nosotros parvulitos de la razón, hemos decidido expulsar la solemnidad de nuestro reino”. (Ídem).

“Sé que los niños recitan todavía el viejo poema de nuestros padres: “Cuando digas a una gacela: te amo, díselo con solemnidad. Por ello sabrá que eres un mandarín”. Nosotros enseñaremos a los niños que las mujeres no son gacelas, sino compañeras”. (Ídem).

Los textos auténticos traen agudas observaciones sobre la relación entre el cinismo y la hipocresía. Se trata de finas sugerencias de tipo psicológico, como las expuestas a continuación:

“Sólo existe una forma para hablar desde el cinismo, y es la manera literaria, o el modo de los sabios. Pues todo hombre tiende por naturaleza a expresarse desde la hipocresía, y ya, desde que va creciendo, es hipócrita. Solamente el sabio logra desprenderse de esta costumbre de patán. Pero, aun el sabio, ha de buscar una fórmula metódica y majestuosa para su cinismo; pues el cinismo, como la inocencia, es ruboroso”. (El Libro de los Mandarines).

“Yo divido los hombres en fariseos, filisteos y demoníacos. Los fariseos dicen: oh las virtudes, oh las costumbres, oh la tradición. Los filisteos exclaman: oh la verdad, oh la justicia, oh el espíritu. Los demoníacos repiten: oh los instintos, oh las intuiciones, oh la realidad. Los primeros palidecen al hablar, porque las virtudes son pálidas. Los segundos quedan impasibles, porque el espíritu es tozudo. Los terceros se sonrojan, porque todo cinismo posee rubor”. (Reinado del Segundo Aguilucho, XIV).

LA CORRUPCIÓN

Al fundamentar los mandarines la realidad política sobre principios puramente naturales, hubieron de admitir como inexcusable la tendencia de la persona humana hacia la corrupción dando carácter de materialidad a esta inclinación. Los textos auténticos hablan de la corrupción como de un elemento de gobierno o forma natural de revelarse el hombre en el paisaje de las cosas civiles. He aquí algunos ejemplos:

“Sin corrupción nada se conserva. Todo lo que se corrompe, se mantiene”. (Discurso del Mandarín Bizco: Sobre la Corrupción).

“Aprended a corromper, y poseeréis la Tierra. El hombre es corruptor por naturaleza, y el sabio, corruptor por conveniencia. (Ídem, 13).

“El necio dice: Esto se halla corrupto, pronto caerá. Mas el sabio replica: Esto se está corrompiendo, va a durar mil años. Pues sólo perdura lo que se corrompe, y sólo en la corrupción hallan las ideas su argamasa”. (Ídem, 16).

“Desde que las ideas triunfan, comienzan a corromperse, pues las ideas son como las mujeres: que buscan dulcemente un corruptor”. (Ídem, 17).

“Así como una mujer virgen no pare niños; así una idea pura tampoco pare hechos. Toda mujer núbil quiere ser desflorada, y toda, idea también núbil pretende ser corrompida”. (Ídem, 18).

“Cualquier doctrina posee tres momentos: el fundador, el corruptor y el jurista. El fundador dice, el corruptor interpreta, los juristas distinguen Todo fundador va seguido de su corruptor, y todo corruptor de sus juristas”. (Ídem, 19).

“Si la inocencia es cínica, la corrupción es tímida. La inocencia se desnuda, y la corrupción se cubre. El manto de la corrupción se llama retórica”. (Ídem, 21).

“Los necios son a la corrupción lo que la necesidad al Mundo, pues toda corrupción ha de admitir fatalmente la presencia de los necios. Si en la limpieza hay moscas, absurdo es intentar exterminarlas de la podredumbre”. (Ídem, 29).

“La corrupción es algo que sólo puede ser superado por la corrupción. Millones de hombres sueñan con la dicha de ser corrompidos alguna vez. Pero no a todos les ha sido dada la ocasión de corromperse”. (Ídem, 36).

“Habrá corrupción sin intereses, sin hogaza, sin retóricos, y hasta corrupción sin necios, antes que corrupción sin mandarines. Pues la sonrisa de los mandarines es la cara sensata y pocha de la corrupción. (Ídem, 43).

“La corrupción está en los legos, y los legos son la corrupción y prevaricación. No hay corrupción sin legos, ni legos sin corrupción. Si los mandarines han de velar por el orden, han de saber que la corrupción y los legos conservan las doctrinas; pues sin ellos triunfarían las ideas puras, que son principios de disolución. (El Libro los Mandarines).

En la Época del Nihilismo, el Lego Ortodoxo escribió en defensa del carácter tradicional de la corrupción, diciendo:

“Afirman los filántropos que la corrupción va contra el debe ser, el juicio y la razón. Pero yo pregunto: Oh, filántropos, mostradme al hombre nuevo. ¿Dónde está esa

segunda naturaleza humana que habéis inventado en vuestros ocios de artesanos? Para ellos cito la frase del Libro: He puesto entre los hombres el deseo de un nuevo hombre, y a todos he picado con esta desazón que nunca cesa. Porque en todo hombre hay muchos hombres, y solamente en el sabio hay un solo hombre. En el sabio no es el hombre una esperanza”. (Escritos Políticos del Lego Ortodoxo: Contra los Filántropos).

EL SUCESO

El carácter eminentemente natural de la filosofía política mandarinesca se agranda al llegar a la teoría del suceso. Es obvio que la materialidad social se fundamenta en acontecimientos; pero en ninguna concepción del mundo han llegado los hechos a poseer tan singular categoría como en el caso que tratamos. En efecto: Los mandarines elevaron el simple acontecer a razón universal, construyendo la más originaria doctrina sobre la justificación de la soberanía y los modos de gobierno. He aquí algunos ejemplos:

“Pedrarias dijo: Oh ancianos, padrecitos. ¿Acaso está mal elogiar a nuestro Príncipe? Porque yo no sabía que fuera delito ensalzar al soberano.

Los ancianos contestaron: ¿Quién eres tú y quiénes somos nosotros para elegir nuestro Príncipe? Dice el Libro que el Príncipe es un suceso. ¿Acaso elige el hombre sus propios sucesos?

Pedrarias replicó: Ayer mismo ensalzabais al Príncipe, cogiéndole las manos y haciendo votos por su victoria.

Los ancianos añadieron: Ayer era el Príncipe un suceso irremediable. Pero puede ocurrir que hoy aparezcan en el campo de batalla otros sucesos más irremediables. Y dice el Libro que a un suceso irremediable sustituye otro suceso más irremediable”. (Guerra Civil, I).

“Pedrarias preguntó: decidme por qué señal conocéis vosotros que un Príncipe está con Dios.

Los ancianos contestaron: El Príncipe que está con Dios es todo un suceso, un hecho consumado. Y todo Príncipe victorioso, que viene a sentarse en el trono de sus descendientes, es un hecho consumado”. (Ídem).

“El sabio permanece como el Libro. Mas todo lo que viene y todo lo que va se acomoda al Libro en el corazón del sabio”. (El Libro de los Mandarines).

“Sólo los locos, los necios y los patanes cargan con la responsabilidad de sus propias obras, pretendiendo intervenir en la obra del Mundo. El sabio, por el contrario, úncese a los sucesos irremediables”. (Ídem).

“Dejad que los sucesos sucedan a los sucesos. Pues cuando un Príncipe se vuelve extravagante, fraticida, parricida o necio, se vuelve más irremediable. Y un Príncipe tan inexcusable solo puede ser sustituido por otro Príncipe más inexcusable. Oh ancianos, contad con el tiempo y la obra del tiempo en los hombres”. (Sentencia incidental del Oran Padre Mandarín).

Conviene advertir que, según la más pura ortodoxia, el suceso convierte en posible lo indeterminado. Por eso, ni la sustancia física ni los animales pueden considerarse como sucesos, sino como presencia o paisaje del Mundo. Así aparece en estos textos:

“¿Acaso los insectos son un suceso? Pues los insectos paren insectos, y los sucesos paren indeterminación”. (Sentencia incidental del Gran Padre Mandarín sobre los insectos y los sucesos).

“¿Quién ha dicho que la genticilla sea un suceso? Pues la genticilla, como el Mundo, es mera presencia; algo que está ahí”. (El Libro de los Mandarines).

Las cosas primeras tampoco pueden entenderse como sucesos. En efecto: en opinión de los mandarines, ni la mujer, ni el niño, ni el instinto, ni la inocencia poseen verdadera historia. He aquí un texto ejemplar:

“Viendo lavar las mujeres y jugar los niños; me pregunté: ¿Desde cuándo lava la mujer y juega el niño? Pues juegan y lavan desde el primer día del Mundo, por lo cual son también paisaje de la Tierra”. (Obras Completas de los Mendigos Herejes).

Abundando, podríamos afirmar que ni los mismos dioses resultan sucesos, como se deduce de esta cita:

“Díjele a mi gacela: Entre las cosas tranquilas, tú eres la primera y más bella, pues en ti nada ocurre”. (Del Mandarín enamorado de la diosa).

De todo ello parece deducirse la calidad típicamente histórica y política del suceso, cuya interpretación corresponde a la casta superior. Corroborando esta idea, existe un texto heterodoxo, que dice:

“Los mandarines pretenden conservar el antiguo engaño, sosteniendo que los sucesos sólo acaecen a los mandarines, pues el Pueblo está fuera de la Historia”. (Escritos Políticos del Barberillo Autodidacta).

LO IRREMEDIABLE

Unida al concepto de suceso aparece la idea de lo irremediable. Se trata de una categoría de impronta material, que se realiza en el mundo político a través de la ineludible presencia de elementos formales, que no pueden ser soslayados de la sustancia social, pues son la razón misma de la comunidad.

Los mandarines no sistematizaron los factores irremediables; pero, siguiendo los textos, podemos ofrecer algunos ejemplos. Son irremediables el Príncipe, los legos, la

gente de estaca, los becarios, la corrupción, el necio, la tiranía, etc. Así aparece en las citas siguientes:

“Oh ancianos: Sabed que todo Poder y todo Príncipe resultan sustancias trágicas e irremediables, como la Naturaleza, los dioses, el Fatum, y los demonios. El saber antiguo afirma calidad irresponsable de estas formas superiores del suceder, pues quien alcanza a contemplar de una mirada el Paisaje del Mundo, se torna como un dios o como un niño. Importa, por consiguiente, que la sabiduría quiera estar de acuerdo con lo que sucede, aprendiendo a hacer distingos en cuestiones de hecho, y armonizando el suceso principesco con la conveniencia de cada uno”. (Sentencia Definitiva del Gran Padre Mandarín, II).

“Siempre habrá legos y corrupción, porque los legos y la corrupción son cosas irremediables”. (Sentencia incidental del Gran Padre Mandarín, contestando a la apelación del Becario Falca).

“No temas, oh Pedrarias. Eres hombre de porvenir; y los Aguiluchos habrán de necesitarte, porque hacen la guerra para ocupar el lugar de tu Príncipe y señor. Los que poseen esa jerarquía han necesidad de legos, porque los legos son irremediables al Imperio y las cosas del Imperio”. (Guerra Civil, II).

“Él dijo: Sé que has pretendido sonsacar a tos soldados. ¿Acaso ignoras que la estaca es necesaria? Pues la estaca resulta irremediable”.

“Yo contesté: Reconozco que la estaca es precisa. Pero no está bien que me guste la estaca, porque mi voluntad quiere ser más inocente que mi razón. Yo no soy hombre de razón ni de porvenir, sino de instinto. Perdona que sea así”.

“Él replicó: Has reconocido la razón de la estaca. Esto te servirá en juicio”. (Historia del Eremita).

“El Sumo Mandarín contestó: Oh Estaca-mayor, no temas; porque no habrá residencias de aficionados a becarios. Dice el Libro que un becario sólo puede ser sustituido por otro becario, y no por aficionadillos”.

“Al oír tal, exclamó el Estaca-Mayor: Si el Libro dice eso, ¿Por qué me ayudaste despanzurrar huerfanitos? Pues ahora veo que son gente irremediable”.

“El mandarín respondió: Oh Estaca, inocentasco. Dice el Libro que siempre habrá becarios; pero yo opino que no han de ser los mismos”. (Herejía de los Becarios).

“Sonríe y calla el sabio ante lo irremediable de la estupidez, con la humildad suficiente para admitir la presencia de los demás. Es bello que así se conduzca el sabio, tornándose modesto frente a la calidad fatal del necio. Pues si no hubiera tontos, el sabio no podría ruborizarse”. (Sentencia Definitiva del Gran Padre Mandarín).

“Sabed que la posibilidad de realizar lo indeterminado desaparece cuando surge la estupidez como forma de lo necesario, pues la fatalidad es la última y más grávida de las cosas”. (Sentencia Definitiva del Gran Padre Mandarín, III).

EL PODER

La típica condición natural de la sabiduría política mandarinesca se refleja en la teoría del Poder. En efecto: según la más pura ortodoxia, la soberanía corresponde a la casta superior, mas no porque lo sea racionalmente, sino porque lo es de facto. Tal filosofía lleva implícito el reconocimiento de que todo Poder es detentado, y de que, por consiguiente, cualquier lucha contra el Poder es legítima, de acuerdo con la naturaleza de las cosas. Así aparece en los textos siguientes:

“Todo Poder es un hecho. Todo Poder es legítimo. Todo Poder es fatal. Todo Poder es inmanente”. (El Libro de los Mandarines).

“Un Poder no puede ser sustituido sino por otro Poder”. (Ídem).

“Toda lucha contra el poder es humana, racional y legítima. Pero no toda lucha contra el Poder puede justificarse a posteriori, porque no siempre resulta victoriosa”. (Ídem).

De lo expuesto se deduce que la soberanía es algo que se explica en sí mismo, pero se justifica siempre a posteriori, como la vida y el Mundo. He aquí algunos ejemplos:

“Los hechos son hechos cuando están más hechos. Y todo Poder que vence es un hecho”. (Guerra Civil, I).

“Las cosas suceden a las cosas; pero los hombres y los conceptos impugnados no suceden a nadie ni a nada. Sólo permanecen por pereza de la lógica o misericordia de la voluntad”. (Guerra Civil, II).

“Cuando el príncipe se convierte en un recuerdo del pasado, los Padres de la patria han de salvar al Pueblo, rememorando la existencia de las antiguas leyes. Y si un nuevo acontecer irremediable se opone al suceso del Príncipe, las viejas y augustas leyes han de colocarse frente al moderno acontecimiento; porque las leyes antiguas se han hecho para que sirvan al último suceso”. (Sentencia Definitiva del Gran Padre Mandarín, V).

“Luego visitó el infante al Gran Padre Mandarín, que dijo: Oh parvulito. Siéntate en el trono de tus padres y gobierna tu Imperio y las gentes de tu Imperio. Mas advierte que si la guerra te ha convertido en un Suceso, las cosas últimas te transformarán en un Derecho”.

“El Infante preguntó: Oh, padre. ¿Qué son las cosas últimas?”

“El Mandarín repuso: Oh, Príncipe. Las cosas últimas son las cosas de los mandarines”. (El Príncipe Restaurador, I).

En la época del Nihilismo, el lego Ortodoxo escribió en defensa de los caracteres tradicionales del Poder, diciendo:

“Afirma el Platerillo que todo auténtico Poder ha de ser moderado, ha de ser metódico y ha de realizar la civilidad. No parece sino que el Platerillo pretendiera enseñar modales a los mandarines, lo cual es gran locura de este tiempo”. (Escritos Políticos del Lego Ortodoxo: Contra los filántropos).

“Si en el Mundo hubiera una verdad, y esa verdad no residiera en la casta de los mandarines, no merecería la pena vivir aquí abajo. Pues la verdad sería como una pelandusca manoseada por la gentecilla. Igual digo del Poder”. (Ídem).

“Enseña la tradición que los nuevos señores suelen ser recelosos. Por eso, el Poder de la canalla resulta defensivo, y, por consiguiente, cruel y bajuno. ¿De dónde, pues, ha sacado el Platerillo su pálida teoría sobre el dulce reino de la gentecilla?” (Ídem).

EL PRÍNCIPE

Dentro de la filosofía general de los mandarines, la Historia surge como objetivización de las relaciones entre las castas. El Príncipe es el árbitro supremo de esas relaciones, y su misión estriba en actuar como elemento moderador entre la genticilla y los señores. De ahí que carezca de verdadero valor sustantivo, como se deduce del siguiente texto:

“Cada casta tiene su lugar en la naturaleza de las cosas, y cada lugar, su Poder. Pugnan, pues, los Poderes, y hácese la realidad social. La soberanía de cada casta es sustantiva, pues tiene sustancia propia. Dominan los mandarines y obedece la genticilla ¿Mas quién modera esta lucha? La modera el Príncipe, que no tiene Poder sustantivo, sino adjetivo. Por eso la soberanía del Príncipe se llama soberanía de moderación; que quiere decir Poder Metódico. Si no hubiera Poder Metódico, la lucha de las castas sería una pugna de fieras”. (El Libro de los Mandarines).

Por ficción política, los mandarines sostienen que el Príncipe y su familia provienen de la genticilla, inventando así la más extraña teoría sobre el origen de los reyes, considerados en otras civilizaciones como descendientes de la Divinidad. Las citas antiguas hablan de una especie de pacto entre la casta eminente y la plebe, por el cual consintió aquélla en establecer un Príncipe para cuidar de la armonía. Así aparece en estos textos:

“Gobierna el Príncipe, y dice: Yo voy de las primeras a las últimas cosas, y de las últimas a las primeras. Pues ha convenido que yo esté sobre las castas, para que las castas tengan un espectador y un árbitro de su presencia”. (El Libro de los Mandarines).

“Así hablaron los mandarines: Oh, gentecilla. Porque tenemos la costumbre de admitir a los demás, nombraremos un Príncipe moderador, y ese Príncipe será, desde hoy, todo un suceso”. (Ídem).

Esta doctrina sobre el origen del Príncipe y el pacto de soberanía tiende a resaltar dos conceptos: que el Poder pertenece, en pura naturaleza, al más fuerte y sabio; y que el Estado ha nacido para defender al débil, representándolo en un concierto de la lucha general de Poderes. Por eso, los estandartes reales llevaban esta leyenda:

“El Príncipe y los Mandarines en nombre de las Primeras y de las Últimas cosas”. (El libro de los Mandarines).

Por lo demás, tal concepción del Soberano tiene su fundamento en algo que nunca nos cansaremos de repetir: el carácter natural de la filosofía política mandarinesca. En efecto: Si el Poder es un hecho, y la casta un lugar de la Cultura, el Príncipe resulta una ficción creada por contrato, es decir, una entelequia inventada racionalmente, para templar el ritmo de la rerum natura. De ahí que al Soberano le esté vedado el trato con las cosas contradictorias o razón dialéctica, como se deduce del ejemplo que sigue:

“Los ancianos dijeron: Oh, Príncipe parvulito. Escucha la voz de la ortodoxia: En nombre de las cosas primeras está la gentecilla en el Mundo; en nombre de las cosas últimas están, los mandarines; en nombre de las cosas primeras y últimas está el Príncipe, como Poder Conciliador entre los señores y la gentecilla; y en nombre de ese Poder Conciliador están los legos, los buenos padres y la gente de estaca, como emisarios de las cosas últimas ante las primeras, y viceversa. Pero sólo el Gran Padre Mandarín está en nombre de las cosas contradictorias. Por eso mismo, el Gran Padre puede decir que tú no reinas sobre él ni las cosas que le son propias”. (Reinado del Segundo Aguilucho, VIII).

Es innecesario advertir que no todos los Príncipes cumplieron la doctrina expuesta, pues muchos gobernaron según su propia voluntad, humillando la ortodoxia y sometiendo la libertad de los mandarines.

EL PUEBLO

Sobre el concepto de Pueblo poseemos abundante literatura, contenida especialmente en el discurso del Mandarín Cojo. He aquí algunos textos:

“Todo hombre untuoso busca una mujer que lo descubra. El Pueblo es como un adolescente que busca su mujer. Pero la mujer del Pueblo se llama gobernación”. (Discurso del Mandarín Cojo, 2).

“El Pueblo no es instinto ni raciocinio, sino costumbre. Dos son las costumbres que hacen Pueblo: estar aquí abajo y admitir los sucesos”. (Ídem, 7).

“El Pueblo es algo que está fuertemente unido a la tradición del Diablo; pues, como el Diablo, ama el Pueblo la inteligencia y lo que hay en ella. Así tiene el Pueblo la mala costumbre de creer inteligentes a sus gobernantes”. (Ídem, 14).

“El Pueblo y los sabios coinciden en dar al tendero la importancia que merece. Porque si la Eternidad es de Dios, y el Poder del Príncipe, la mantequilla y el tocino son de los tenderos”. (Ídem, 18).

“Dos irremediables tendencias hacen también Pueblo: oír los sacerdotes y escuchar los demagogos. Porque el Pueblo posee la extravagancia de querer ser redimido”. (Ídem, 35).

“Las grandes ideas no buscan la felicidad. Sin embargo, el Pueblo cree que las grandes ideas se han hecho para hallar la dicha. De ahí que el Pueblo no pueda entender a los filósofos. (Ídem, 37).

“El Pueblo cree que la acción política ha de realizar el bien común. También piensan así los barberos, por lo cual se ha dicho que muchos tienen ideas de barberos. Mas los espíritus auténticamente sabios conocen que la política tiende a la pervivencia del

estado contemporáneo de cosas, a convertir los hechos en derechos, y a endurecer definitivamente los sucesos, transformando lo antiguo en recién llegado. La política es la simpatía que el Poder siente hacia sí mismo”. (Ídem, 39).

“La más grande fe del pueblo es la fe en lo indeterminado, la esperanza en dejar de ser una forma de la Realidad. Por eso mismo, el Pueblo es víctima de los retóricos, porque los retóricos prometen la realización de lo indeterminado”. (Ídem, 41).

“Hay algo en el pueblo superior al hombre, la razón y la necesidad, y es la extraña afición por los guiños. En efecto: Gústale asomarse al pecho de un corazón guiñoso, pues halla las causas primeras y últimas de las cosas en los gestos de un histrión. Un Príncipe avisado querrá poseer sutiles juristas para su Pueblo; pero el más profundo de los Príncipes buscará retóricos guiñosos”. (Ídem, 43).

“No conviene, sin embargo, que el Príncipe o los mandarines guiñen el ojo al Pueblo. Déjese esto para los legos o los becarios, pues los grandes señores han de tener intermediarios”. (Ídem, 44).

“He aquí la más alta justificación de todo Poder: Deo volente. Populo ferente. Queriéndolo Dios, y consintiéndolo el Pueblo. En efecto: Dios y el Pueblo están de acuerdo con lo que necesariamente sucede: Tal ocurre en Dios porque es anterior a los hechos y al Mundo; y en el Pueblo, porque es posterior al Mundo y los hechos. Todo Príncipe profundo sabe que Dios y el Pueblo son conformes con su reinado. Pues el que vence, alcanza victoria porque Dios quiere; y cuando el triunfador ha vencido, también el pueblo consiente que haya vencido”. (Ídem, 50).

“Los hechos son tozudos, y el Pueblo también. Pero más tozudo que el Pueblo ha de ser el Príncipe, y más que el Príncipe, los aduladores. Pues los aduladores son los herederos de todos los sucesos”. (Ídem, 52).

“Habrá Pueblo sin Príncipe, sin dioses, sin costumbres, sin leyes y hasta sin retóricos; pero jamás sin mandarines. Pues los mandarines son cara pocha del Pueblo”. (Ídem, 54).

LA POLÍTICA COMO TOTALIDAD

De lo expuesto se deduce que la sabiduría mandarinesca concibió la política como hacer integral del hombre, no sometido a ningún otro empeño de naturaleza religiosa, filosófica, científica o hedonística. Los textos auténticos dan por supuesto el carácter universal de la empresa del gobierno y convivencia, totalidad donde están implícitas todas las tendencias y aficiones humanas. De ahí que hablen de la vida como de lucha de Poderes; de las relaciones individuales, como de enlaces o de conexiones civiles: de las castas, como de formas del Mundo; del juicio moral, como de Premeditación, etc., etc.

Aunque los tiempos modernos han llegado a poseer una conciencia semejante, parece difícil superarla, pues los mandarines jamás imaginaron una materialidad ajena a la obra pública, unciendo cualquier saber a la expresión de lo conveniente. He aquí algunos ejemplos:

“La ortodoxia cede a la política. *Orthodoxia cedit recto civitatis ordini*”. (Aforismo del Mandarín Político).

“Yo divido los hombres en rebeldes y afanosos. Los rebeldes miran caer la tarde; los afanosos cumplen sus oficios, porque poseen intereses. Tened cuidado de no mirar la tarde”.

“Quien posee intereses se unce a la necesidad, *rebus sic stantibus*. El que mira la tarde no ve lo inmediato ni ama el día de mañana. Tened cuidado de poseer intereses y amar el día de mañana. (Arenga del Sumo Mandarín a los Becarios, 7 y 8).

“Yo divido los hombres en rebeldes y guiñosos. Los rebeldes son como niños en un mercado; los guiñosos como mercaderes que vociferan. Cuando se levantan las tiendas, cada uno lleva su negocio; el niño, nada. Tened cuidado de no ser como niños en un mercado”.

“Porque el niño ha de tener padre que vele por su carne, y un niño no es padre de otro niño. Los inocentes van de la mano de sus mayores; los guiñosos, conducidos de

sus guiños”. Tened siempre cuidado de encontrar un padre en vuestros guiños”. (Ídem, 15 y 16).

“Yo divido los hombres en rebeldes y respetuosos. Los rebeldes tratan lo antiguo como si fuera de ayer; los respetuosos tratan lo de ayer como si fuera antiquísimo. Tened cuidado de respetar el hecho más próximo”.

“Los sabios conocen que los señores quieren ser antiguos, porque la antigüedad justifica. El poderoso construye los hechos, y el respetuoso los convierte en derechos tradicionales. Tened cuidado de estar de acuerdo con el día de hoy”. (Ídem, 21 y 22).

“Yo divido los hombres en rebeldes y afincados. Los rebeldes obran como si fueran de paso; los afincados como gente que se queda en este Mundo. Tened cuidado de no ir de paso”.

“El hombre que va de paso es capaz de trastornar las costumbres y usos inveterados, corrompiendo el viejo orden con generosidades efímeras. Puede decir: doy y no tomo; pago caro; entrego y no solicito; dono, me desentiendo de los merecimientos. El ir de paso produce así inflación de virtudes. Tened cuidado de afincaros y no elevar el precio de los merecimientos”. (Ídem, 31 y 32).

“Yo divido los hombres en rebeldes y discretos. El rebelde habla igual a todos; el discreto posee varios diccionarios. Tened cuidado de saber diferenciar vocablos para hablar a los hombres”.

“El necio habla como un niño, y el sabio como un juicio largamente rumiado. Cada Poder tiene su gramática, y cada gramática su diccionario. Por eso, el más avisado conoce y usa el diccionario más contemporáneo, para poseer la hipocresía que conviene al momento”. (Ídem, 37 y 38).

“Yo divido los hombres en rebeldes y oportunos. Los rebeldes aman aquello que les parece bueno o bello, perdiendo el tiempo en defender lo inactual o reivindicar los muertos. Los oportunos saben hacer e intentan hacer coincidir lo bello con lo conveniente, y lo bueno con lo actual. Tened cuidado de encontrar una razón moral para el último hecho”.

“Pues tan sólo un loco es capaz de ser amigo del demonio, cuando el demonio no priva; ir contra la razón de la estaca, o ponerse de parte de un dios caído. No hay en la

Tierra juicio suficiente para convertir en inactual un hecho contemporáneo. Tened cuidado de estar con lo que sucede”. (Ídem, 39 y 40).

“El Estado es presencia de lo irremediable. Sabed convertir esa presencia en cosa vuestra”. (Consejos del Eterno Becario a sus compañeros).

“El Estado es cualidad política. La cualidad política son tres cosas: rebaño que mandar, estómagos con intereses y tiempo que acumular”. (Ídem).

“El Sumo Mandarín dijo: Oh mendigo, parvulito. No temas, pues el Justo no te examinará. Porque desde que se ha convertido en el Hombre Más Justo del Mundo, tiene mucho que hacer, y no le queda tiempo para examinar mendigos. Advierte que es el Justo oficial del Imperio, y un Justo oficial siempre lleva prisa”. (Historia del Mendigo).

“Hubo un lego, beatísimo y ortodoxísimo, que dijo: Propongo que se ordene la caridad y se saque del caos en que se encuentra. Pues, ¿de qué me sirve hacer el bien si no lo hago para el recto orden del Imperio? Así opino que se tenga en cuenta la espiritualidad de los estómagos, y que solamente concedamos limosna a los mendigos de estómagos espirituales”.

“Como llegara esta tesis al Consejo de Mandarines, el Consejo sonrió y replicó: ¿Qué hay de nuevo en ello? Es una antigua sabiduría que ya practicamos nosotros con los becarios y los estómagos de los becarios”. (Historia del Mendigo).

* He traducido por filántropos la expresión “enamorados de la capacidad de pretensión del hombre”, que en el original es una sola palabra. Se trata de una secta de plebeyos ilustrados, dirigida por un platero y un barbero.